LA CALIDAD DE VIDA DE NUESTROS PUEBLOS

Discurso de investidura del Profesor Vicenç Navarro

como Doctor Honoris Causa

por la Universidad de Málaga,

a propuestas del Departamento de Derecho Financiero,

Economía Política y Filosofía del Derecho,

en el día tres de diciembre del año dos mil nueve

El área de conocimiento del bienestar social

Considero que este gran honor de ser investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Málaga, a propuesta del Departamento de Derecho Financiero, Economía Política y Filosofía del Derecho, es un reconocimiento, más que a mi persona, al área de conocimiento en la cual he trabajado durante mi vida académica, que se ha centrado en analizar y mejorar el bienestar social y la calidad de vida de nuestras poblaciones, tanto de los países que llamamos desarrollados como de aquellos que, de una manera más sutil y eufemística, llamamos en vías de desarrollo, aunque muchos de ellos están, en realidad en vías de subdesarrollo.

Permítanme, pues, que comience con una nota biográfica, refiriéndome a mis inicios en este área de conocimiento, comienzo que se inició centrándome en el bienestar del individuo, tomando al paciente como unidad de análisis. Estudié medicina y cirugía en la Universidad de Barcelona, donde me gradué en tales estudios en el año 1962. Aquellos estudios me habían ayudado a entender el cuerpo humano desde el punto de vista de sus distintas dimensiones biológicas, fisiológicas, psicológicas y culturales. Pero pronto pude ver que las condiciones y la calidad de vida de las personas -en este caso de la salud y la ausencia de ella-, no podían entenderse fijándonos sólo en el individuo. Fue, precisamente trabajando –por voluntad propia- como médico en el barrio más pobre de Barcelona, el

Somorrostro, habitado por trabajadores andaluces y murcianos que habían llegado a Cataluña para enriquecerla, que ví claramente que la salud y la calidad de vida de aquellos ciudadanos dependían claramente del contexto político, económico y social que determinaba que en el año 1962 un vecino de aquel barrio, el Somorrostro, viviera 25 años menos que una persona adinerada de la parte alta y pudiente de la ciudad de Barcelona. No podía entenderse la salud, o la falta de ella, de aquel vecindario, analizando persona por persona. El problema existente no era individual sino colectivo. De ahí la necesidad de comprender el contexto que determinaba el bienestar de aquella comunidad.

Me ayudaron a entender aquella realidad y aquel contexto mis padres -maestros que fueron expulsados del Magisterio por la dictadura como consecuencia de su dedicación y servicio a la educación de la población durante la República- a quienes quiero homenajear y agradecer en este momento solemne. Mis padres, como millones de españoles a lo largo del territorio español, habían luchado y perdido una guerra en la que su deseo era el de mejorar la calidad de vida de todos los pueblos de las distintas nacionalidades y regiones que constituyen España. Como millones de españoles, mis padres padecieron una enorme represión y sufrimiento que llevaron con gran dignidad y entereza. De ellos aprendí el significado del compromiso de servir a aquellos que en su vida callada y anónima

construyen el país, las clases trabajadoras y populares que hacen posible que la riqueza y el bienestar existan.

Con esta motivación y con esta experiencia, vi claramente que, como dije antes, para entender la salud y calidad de vida de cada ciudadano tenía que entender el contexto económico, social y político en el que los individuos, las personas, viven, trabajan, gozan, sufren y mueren. De ahí la importancia de los conocimientos adquiridos en ciencias políticas y sociales, en economía y en economía política, en derecho y en otras áreas del conocimiento. Pero tan o más importante que el conocimiento disciplinario –es decir el conocimiento en estas áreas- era el imperativo de saber cómo relacionarlas, a fin de que todas ellas me ayudaran, nos ayudaran, a entender la realidad que me rodeaba, que nos rodeaba. Para explicar cómo llegué a este entendimiento tengo que recurrir a otra nota biográfica.

En el año 1962 tuve que irme de Cataluña y de España debido a mi participación en la lucha contra la dictadura. La dictadura representaba el contexto generador de malestar y baja calidad de vida, malestar que había impuesto aquel régimen -tras una enorme represión- a la mayoría de la población. Nunca debemos olvidar que según el mayor estudioso del fascismo europeo, el Catedrático Malekafis, de la Universidad de Columbia de Nueva York, por cada asesinato político que cometió el régimen fascista de Mussolini, el

liderado por el General Franco cometió 10.000. Se ha olvidado en España aquella enorme represión, olvido que significa que todavía hoy no conozcamos dónde están 120.000 desaparecidos, asesinados por aquel régimen. Además de enormemente represivo, aquel régimen impuso un enorme retraso económico, social, político y cultural de nuestro país. De ahí que, para muchos de mi generación, nuestro compromiso en servir a las clases populares –compromiso heredado de nuestros padres- fue continuar la lucha que ellos habían iniciado en contra de aquel régimen insano y represivo. Fue mi participación activa en contra de la dictadura lo que determinó que tuviera que exilarme, llegando a Suecia, país al cual quiero agradecer públicamente, no sólo el haber producido un excelente producto humano, Anneli Holtta Ljunstrand, mi esposa por más de cuarenta años y a la cual agradezco su presencia en este acto, sino también el haber ayudado tanto a las fuerzas democráticas en nuestro país, mediante fondos y otras medidas necesarias para combatir la dictadura. La historia de la resistencia antifascista no se ha escrito todavía, y el día que se escriba, Suecia tendrá un capítulo extenso de apoyo a la libertad y a la justicia, bien reflejada no sólo en su política social -al haber desarrollado un nivel elevado de bienestar social- sino también en su política exterior, de apoyo a los que luchamos por la libertad y la justicia en nuestro país.

En Suecia conocí a muchos economistas, y dos que me impresionaron fueron Gunnar y Alva Myrdal, dos de los pensadores más influyentes en la socialdemocracia escandinava. Gunnar Myrdal, economista, fue Premio Nobel de Economía en el año 1974. Me comentaba Gunnar, medio riéndose, que los economistas no le consideraban como uno de ellos, le veían como un sociólogo y politólogo, mientras que los politólogos y sociólogos tampoco le consideraban uno de ellos. Le veían más como un economista. Con esta expresión Gunnar acentuaba la necesidad de romper las banderas disciplinarias –en ocasiones defendidas por un corporativismo profesional aferrado a sus intereses- e ir más allá, a desarrollar la multidisciplinariedad en la creación del conocimiento que nos lleve a entender nuestro entorno para cambiarlo. En realidad, aferrarse a mantener las propias barreras disciplinarias ha supuesto en muchas áreas de conocimiento un coste elevado. La inhabilidad de las doctrinas hegemónicas en las ciencias económicas de predecir las crisis financieras, por ejemplo, se debe, no sólo a su exclusivo enfoque epistemiológico -centrándose en los individuos y su comportamiento en los mercados- sino también a su escasa atención al contexto político que determina el comportamiento altamente especulativo de aquellos mercados y la protección de tal comportamiento por los estados. Es imposible entender el fenómeno económico sin comprender el contexto político y social que lo determina. Y ahí esta el reto de la multidisciplinariedad.

El contexto económico, político y social del bienestar social

La multidisciplinariedad es esencial en los estudios de bienestar social y calidad de vida. Pero no es suficiente. Hay que ir más allá. Y hay que analizar el hilo que hilvane las distingas parcelas de conocimiento para hacer un entramado que nos ayude a entender nuestra realidad con el objetivo de mejorarla. Lo cual me lleva a la última observación en esta reflexión sobre los contenidos intelectuales de estos estudios. Mi experiencia me lleva a la conclusión de que el análisis del poder en sus distintas dimensiones –poder de clase, poder de género, poder de raza, poder de nación- es el que configura el poder económico, político y social, así como el poder cultural y mediático de cada país. Hay que estudiar y entender como el poder de clase, por ejemplo, se deriva primordialmente del poder económico que se traduce en poder político y mediático, una de las características de nuestro tiempo y que significa uno de los mayores riesgos a nuestros sistemas democráticos. Tenemos, pues, que entender como este poder de clase se produce y reproduce a través del estado -y de ahí la importancia del derecho y de las ciencias políticas- y en la sociedad civil -de ahí la importancia de las ciencias sociales-, siempre dentro del contexto histórico que lo configura. El hecho de que Suecia y los países escandinavos tengan, por ejemplo, una de las mayores calidades de vida, tiene que ver con las relaciones de poder de clase en aquel país. Las clases

trabajadoras en alianza con las clases medias crearon un estado del bienestar de elevada calidad, que contrasta con el subdesarrollo social de España, resultado del excesivo poder de clase de los grupos dominantes, con unas clases populares todavía débiles, resultado de su derrota en 1939 y que, a pesar de los grandes avances durante la democracia, todavía están poco protegidas.

Esta convicción de que el centro del análisis de la calidad de vida tiene que ver con las relaciones de poder -predominantemente de clase y de género- lo pude ver también a lo largo de mis investigaciones del estado del bienestar británico ,cuando estuve en la *London School of Economics* -donde tuve la gran suerte de conocer a Richard Titmuss, el fundador de los estudios de Política Social-, en Oxford, y por último en Edimburgo, Escocia. Es durante esta época cuando pude ver y analizar como aquellas relaciones de poder configuran las políticas sociales en nuestros países desarrollados. Pero este entendimiento alcanzó su máximo desarrollo en EEUU, pues es en aquel país donde la relación entre poder económico y poder político adquiere mayor claridad, disminuyendo en gran manera la calidad de aquella democracia. Es en aquel país donde el poder de clase –que la ciudadanía conoce y define como *Corporate Class* (es decir la clase empresarial de las grandes corporaciones)- adquiere mayor relevancia para explicar las enormes limitaciones de su democracia y de su bienestar social. La privatización del sistema

electoral, que determina que las campañas electorales sean financiadas por grandes empresas financieras y grandes corporaciones, limita enormemente la democracia de aquel país, lo cual explica que EEUU esté entre los países de menor bienestar social y menor calidad de vida de los países desarrollados. El hecho de que aquel país no tenga un derecho tan elemental como el derecho de acceso a los servicios sanitarios -y ello a pesar de que la mayoría de la ciudadanía lo desea-, se explica por esta situación, es decir, por el excesivo poder de la clase empresarial. Se olvida, con excesiva frecuencia, en Europa –donde en círculos liberales se idealiza la democracia estadounidense- que EEUU no es un país de 400 millones de ricos e imperialistas. Hay clases sociales que están en conflicto, a través de una lucha que se traduce en que una persona perteneciente a la decila superior de renta vive 32 años más que una persona en la decila inferior. En realidad, un joven trabajador no cualificado afroamericano de East Baltimore o Harlem, tiene una esperanza de vida menor, siete años menos, que un trabajador cualificado de Bangladesh, el país más pobre de Asia.

Estas relaciones de poder son también las que explican el subdesarrollo social en los mal llamados países pobres. Mal llamados "pobres" porque en realidad no lo son. La mayoría de la ciudadanía en aquellos países es pobre. Pero los países donde viven y trabajan no son pobres. Tienen enormes riquezas controladas por las clases

dominantes de aquellos países, aliadas con las clases dominantes de los países ricos donde, por cierto, la mayoría de los ciudadanos no son ricos. En realidad, lo que caracteriza nuestro tiempo es la alianza de clases, es decir las alianzas de las clases dominantes del Norte y del Sur, en contra de los intereses de las clases dominadas del Sur y del Norte.

Es en los mal llamados países pobres donde cada año ocho millones de niños mueren de hambre, el equivalente a 43 bombas de Hiroshima que explotan cada año sin producir ningún ruido. Son ya tan parte de la realidad que ni siquiera son noticia. Y el enorme escándalo moral que esta realidad significa, es que el problema no se debe a la falta de alimento. El 80% de la población de Bangladesh –el país más pobre del mundo- está malnutrido. Pero el problema no es que Bangladesh no produzca suficiente alimento. En realidad, estudios creíbles muestran que aquel país tiene suficiente tierra agrícola productiva para alimentar una población veinte veces superior a la existente en aquel país. El problema está en las relaciones de propiedad de la tierra donde menos del 16% de la población controla más del 82% de la tierra y la oligarquía terrateniente está aliada con las empresas agrícolas internacionales, que comercializan aquellos alimentos para la exportación en lugar del consumo doméstico.

No hay, pues, países pobres. Hay países con muchos pobres. Y no hay países ricos, pues la mayoría de sus habitantes no son ricos. Hay grandes comunalidades de intereses entre las clases populares de países de distintos niveles de desarrollo, comunalidades que las fuerzas progresistas debieran ser conscientes a fin de estimular las alianzas necesarias de las poblaciones dominadas en contra de las alianzas existentes entre las clases dominantes que imposibilitan la creación de otros sistemas de producción y distribución que respondan mejor a las enormes necesidades de la mayoría de la población mundial.

Hoy, como ayer, podemos ver que cuando las poblaciones de los países mal llamados pobres intentan cambiar esta situación –la mayoría de las veces por medios democráticos- las clases dominantes, con la ayuda del Ejército, interrumpen aquel proceso democrático imponiendo dictaduras enormemente represivas. Lo que ocurrió en España en 1936, se repitió en Chile en 1973, y ha estado ocurriendo en América Latina en varios países, siendo el último caso el golpe militar de Honduras de este año.

La situación en España

Lo cual me lleva a España de nuevo. Desde la muerte del Dictador, mi sueño fue volver. Y por fin lo conseguí. Primero como Catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona (tras

habérseme propuesto como Catedrático Extraordinario de Economía en la Universidad Complutense) y más tarde como Catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Pompeu Fabra. Me alegra notar con cierta inmodestia que he sido uno de los pocos académicos que ha sido Catedrático en España de estas dos áreas, de Economía y de Ciencias Políticas y Sociales.

El regreso del exilio a casa es complejo. Dejar el lugar donde uno ha vivido por largo tiempo, significa dejar mucho, en nuestro caso un hijo, su familia y un nieto, amigos, colegas, estudiantes. Y ello no es fácil. Pero, una vez en casa, aquí, en nuestro país, uno se encuentra con sus antiguos amigos y hace nuevos. Y, en mi caso, tuve la suerte de trabajar entre excelentes colegas y estudiantes, todos ellos estimulantes. La enseñanza a los jóvenes es una enorme responsabilidad, pues estamos creando nuestro futuro. Y ha sido una enorme gratificación poder hacerlo de nuevo en mi país. Estas son, pues, las realidades positivas, muy positivas. Pero tengo que admitir que hay otras que no lo son tanto. Y una de ellas es que ves que aquellos a los cuales te debes y con los que estás comprometido –y recuerden, el origen de todo ello, es mi trabajo entre las clases populares de Barcelona-, todavía tienen un bienestar social claramente insuficiente, que responde, como en los otros casos citados, al enorme poder de clase y de género que persiste en España. Este poder es resultado de una transición de la dictadura a la

democracia que no considero modélica, pues se hizo en términos muy favorables a las fuerzas conservadoras herederas de la dictadura, resultado de su control del Estado y muy desfavorables a las fuerzas representantes de las clases populares recién salidas de la clandestinidad. Aquí quisiera subrayar que no estoy haciendo una crítica de cómo se hizo la transición y si se podría o no haber hecho de una manera diferente. No lo sé. Lo que sé es que ha sido un gran error llamarla modélica porque da la impresión de que nuestra democracia y nuestro bienestar son modélicos, y claramente no lo son. La democracia existente en nuestro país es muy limitada. Todavía hay en España muchos tabús y miedos como lo atestigua que el único Juez, el Juez Garzón, que quiso llevar a los tribunales a los responsables de los asesinatos realizados durante la dictadura, terminó él mismo, en los tribunales, una situación única en los países definidos como democráticos. Esta situación es inimaginable en cualquier otro país democrático.

Y nuestro bienestar social es también muy insuficiente. Todavía hoy, tras 32 años de democracia, continuamos a la cola de la Europa Social, siendo el país europeo con mayores desigualdades sociales. La diferencia entre los años de vida de una persona que viva en la decila de renta superior del país y la decila inferior es de 10 años, la mayor diferencia de años de vida en Europa. Somos el país con el Estado menos redistributivo de la Unión Europea de los Quince, y somos

también el país que tiene el gasto público social por habitante más bajo. No, no somos modélicos. Y ello no se debe a la insensibilidad social de la población española. En realidad, todas las encuestas señalan el deseo popular de que se redistribuya mejor la riqueza y las rentas en el país. Y las mismas encuestas señalan que la gran mayoría de la población desea una gran expansión y mejoramiento del todavía escasamente desarrollado estado del bienestar. No, no es la población, y todavía menos las clases populares, los responsables del notable subdesarrollo. La causa es el poder de clase. Y también de género, pues la parte menos desarrollada del estado del bienestar es precisamente aquel que afecta a las familias. Y en España, cuando decimos familia queremos decir mujer.

Ni que decir tiene que mucho se ha hecho, pero mucho queda por hacer. Pero es este enorme poder de clase que como una losa impide el desarrollo social de España, poder de clase que aparece en muchas dimensiones, desde el enorme fraude fiscal, que se concentra en las rentas superiores, a la baja carga fiscal real de estas mismas rentas. Y poder de clase aparece también en los medios. Podemos ver ahora, por ejemplo, el gran énfasis en la necesidad de la reforma del mercado de trabajo y muy poco en una de las causas mayores de la lenta recuperación económica: la escasez de crédito, resultado de unos comportamientos bancarios que producen los mayores beneficios de la banca europea y la menor disponibilidad de crédito.

Pero no quiero terminar estas notas con una nota pesimista. Creo que hay progreso y la presión popular continuará forzando a los gobiernos para que respondan a sus necesidades. Pero es importante que se informe a la ciudadanía para que tenga elementos en sus manos, que les permitan defender sus derechos. Y aquí termino, en el mismo lugar en el que inicié mi presentación. En la necesidad del compromiso del esfuerzo intelectual y académico. Es misión de todo proyecto público mejorar el bienestar y la calidad de vida de nuestras poblaciones. Lo repito, porque la economía, por ejemplo, no es un fin, sino un medio para mejorar tal calidad de vida. Lo mismo en cuanto al derecho y a cualquier área de conocimiento. Tenemos que conocer la realidad para mejorarla y ahí es donde yo animo a los jóvenes estudiantes –repito, nuestro futuro-, a que se dediquen a este compromiso y que consideren que el objetivo de su esfuerzo no sea sólo el legítimo deseo de mejorar su nivel de vida, pero también, y sobre todo, que sea el de mejorar la calidad de vida y bienestar de la población, y muy en particular de las clases populares, que son aquellas que, ayer, en los años cincuenta y hoy en el siglo XXI, son las que con su trabajo construyen este país y hacen posible sus estudios. Y que recuerden que miles y miles de personas pertenecientes a las generaciones de mis padres, a mis generaciones y otras que nos siguieron, dieron mucho en su vida para que hoy, nosotros y las futuras generaciones puedan renovar aquel

compromiso. Es a todos ellos, a los que lucharon por mejorar el bienestar social y la calidad de vida de las distintas nacionalidades y regiones de España, a los que dedico este doctorado

Muchas gracias